

Un análisis sociológico de la noticia católica

MANUEL DE UNCITI

Se dijo en los comienzos del pontificado de Juan Pablo II —hace ya once años— que el Papa había pedido a los servicios informativos de la Santa Sede que, diariamente, lanzaran al rudo al menos una noticia sobre la Iglesia.

Cierta o menos cierta esta franciscana y moderna petición, el hecho claro es que la Iglesia ha sido actualidad en todos estos años y que las noticias sobre numerosos acontecimientos eclesiales han merecido, en muchas ocasiones, el honor de ser «primera» en los informativos de las televisiones de medio mundo y en las páginas de los diarios y semanarios. Unos 60 periodistas de las más variadas naciones cubren de modo habitual la actualidad de la Santa Sede; y unos 600 tienen acreditación permanente ante la denominada «Sala de Prensa» del Vaticano.

Pero aquí comienza la primera «reserva» que, desde un punto de vista eclesial, cabe formular sobre esta concreta información religiosa: las noticias procedentes del Vaticano giran nor-

malmente en torno a la persona y a las actividades del Papa, al menos en tantos por ciento muy elevados; a las que se suman otras, bastante frecuentes, originadas en la misma sede, y que tienen como objeto actos del gobierno central de la Iglesia y, más en concreto, actos de carácter disciplinario.

Este género de informaciones, grave en sí mismo porque puede deformar la visión de la Iglesia que se facilita al gran público, lo es aún más porque estimula en todas las naciones —y, concretamente, en España— una información pareja: los documentos magisteriales, las actuaciones y medidas de gobierno de la Conferencia Episcopal de cada país conforman el grueso de las informaciones religiosas que se vehiculan a los grandes medios. A escala diocesana se reproduce el fenómeno informativo y el obispo de cada Iglesia local constituye el centro de atención de las informaciones...

¿Es ésta la noticia que puede servir a la evangelización? ¿Es ésta la clase de informaciones que puede dar una visión real y auténtica de la vida de la Iglesia? O, por el contrario, este tipo de informaciones sobre el estamento jerárquico, sobre su magisterio y su gobernación, ¿no estará distorsionando lo que es, en realidad, el Pueblo de Dios?

Desde un punto de vista sociológico cabe sospechar que la prevalencia, cuando no exclusividad, de las informaciones referidas a la jerarquía eclesiástica y a las ceremonias litúrgicas, transmitan a la opinión pública una visión de Iglesia preferentemente institucional, autoritaria, dogmática, uniformista, organizativa y religiosa. Y el hecho es muy grave: estas características contradicen de plano los talentos mayores de la sociedad moderna. El hombre de hoy presta su adhesión al secularismo, a la democracia, al pluralismo, a lo espontáneo y antiprotocolario, a la libre concurrencia de juicios y opiniones...

La «mala prensa» de Juan Pablo II

La opinión pública es llevada a ver una Iglesia en la que el Papa es el «non plus ultra», el director consumado de una orquesta mun-

dial disciplinada y bien templada, el «jefe» cuya autoridad resulta indiscutible y cuyo criterio se impone por sí mismo sobre todas las demás jerarquías episcopales y, lógicamente, sobre todo el conjunto de la comunidad católica. A las veces —pero sólo a las veces—, pequeños grupos de católicos o algunos que otros teólogos y moralistas disienten del magisterio pontificio o critican algunas de las actuaciones del Papa; pero rápidamente se difunden informaciones que censuran tal disentimiento y desautorizan las «novedades» en la doctrina. Si la disensión persiste, no es infrecuente que el incidente provoque alguna medida de la autoridad para reducir al silencio a la voz o a las voces discordantes. ¿Qué efecto tiene en el ámbito de la evangelización tanto el autoritarismo que rezuman las informaciones religiosas —estas informaciones— como las que acogen las disidencias?

En los medios de comunicación social de la España democrática de hoy, las disidencias y las subsiguientes medidas de la autoridad para acallarlas encuentran un eco muy particular. El pueblo español, además, propende a ponerse de parte de los disidentes. La razón habría que encontrarla en nuestro pasado inmediato, además de en los talantes de la sociedad moderna de todo Europa. Los largos años del franquismo, marcados por la disciplina impuesta desde arriba y por el silenciamiento de las voces discrepantes u opositoras, han causado en los informadores una aguda propensión a lanzar al vuelo todo género de disidencias, tal vez como una inconfesada revancha por los silencios y censuras que tuvieron que soportar en otros tiempos. Pero hay que apresurarse a hacer notar que esta reacción no se produce únicamente en el campo de la información religiosa, sino en todos los espacios que conforman la actualidad; aunque es cierto que en lo referente a la información religiosa se hace gala de un margen de desparpajo superior al expresado en otras áreas, quizá por el anticlericalismo funcional de la misma sociedad española o tal vez porque la Iglesia carece de medidas de retorsión al respecto.

En los ambientes católicos menos abiertos se constata con escándalo y con dolor esta reacción «anti-papal» de muchos me-

dios de comunicación social españoles, a comenzar por la televisión oficial y por el diario *El País*. Pero, en lugar de enmarcar el hecho en una componente histórica muy precisa de deposición de los estilos del régimen franquista y de su monolitismo y censura, se aventuran «campañas de descrédito», intencionadas y programadas; y más aún cuando se tiene en cuenta el anticlericalismo funcional de muchos dirigentes del PSOE, valga por todos el que evidencia, por ejemplo, Alfonso Guerra. En esos medios católicos conservadores se murmura que en ningún otro país de la Europa occidental tenga el Papa Juan Pablo II tan «mala prensa» como en España —lo que sería difícil de demostrar— y que no es de recibo el tono de zafiedad y de desprecio con que, en algunos «mass media», se trata la figura y el magisterio del Pontífice, lo que sí está más próximo de la realidad.

El dato está ahí y no es fruto exclusivo del diario *El País* o de la televisión oficial, más en los años anteriores que en el presente. También en la prensa de «provincias» se detecta «la mala prensa» con que se informa sobre el Papa y su magisterio. Una rápida lectura, por ejemplo, de algunos diarios gallegos con ocasión del último viaje de Juan Pablo II a Santiago de Compostela, en agosto de 1989, pondría en evidencia la zafiedad y la humillación con que algunos columnistas e informadores trataron la persona del Papa...

La poca audiencia al episcopado

También en España —dicho está ya— la mayor parte de la información religiosa se centra en la enseñanza y en las actuaciones de la Conferencia Episcopal o de los obispos en cada diócesis. Pero ¿cómo se recibe tal actualidad informativa?

Los documentos del episcopado, salvo cuando inciden en temas políticos y sociales, gozan de muy poca autoridad. Los informadores se limitan a dar cuenta de la aparición de un nuevo documento episcopal y a describir muy genéricamente su contenido. Con cuatro frases mal contadas se despacha el nuevo

documento. Y es raro que los textos del episcopado merezcan algún comentario valorativo. Es excepción el diario *ABC* de Madrid; lo era, en tiempos anteriores, el diario *YA*. A las veces, y no infrecuentemente, *La Vanguardia*, de Barcelona, concede amplia atención al magisterio episcopal. En otros periódicos de la geografía española, algunos curas «escribanos» suelen tomarse la molestia de ofrecer sus comentarios a la enseñanza de los obispos. Lo hacen, por lo general, para resumir en pocas líneas los textos episcopales, sin el menor sentido crítico, sin ningún atisbo de disconformidad; frecuentemente en tono excesivamente laudatorio.

Y no es que los documentos sean en sí mismo irrelevantes. Todo lo contrario. Ocurre que no sintonizan con las solicitudes y preocupaciones del hombre de la calle, tal y como éste las experimenta y siente. Valga, a modo de ejemplo, el documento que la Conferencia Episcopal ha hecho público con ocasión de la Cuaresma de este año 1990. Lo que la gente se pregunta sobre el sacramento de la confesión no tiene la menor referencia en el texto. La gente —por supuesto, el que es católico practicante— quiere saber por qué, además de pedir perdón a Dios, ha de confesar sus pecados al sacerdote. Y, curiosa y alarmantemente, esta cuestión no figura sino de modo indirecto en el documento. Se alude en éste a ciertas «novedades» que algunos más o menos teólogos y moralistas tratan de difundir sobre la práctica del sacramento de la reconciliación. Se desautorizan dichas «novedades», pero no se aduce ni una sola razón. Se invoca, genéricamente, la tradición de la Iglesia, lo que, aparte de no causar mucha autoridad en el hombre de nuestros días, resultaría difícil de demostrar.

Esta misma actitud de huida de las cuestiones del momento tal y como se las plantean los hombres de hoy, aparece en otros muchos documentos, sobre todo en los referidos a la sexualidad humana. El hombre de hoy no se satisface con la mera afirmación de que tal o cual norma es expresión de la voluntad divina o precepto de la ley natural. Reclama razón o razones humanas para compartir una determinada normativa en punto a las relaciones prematrimoniales, a la masturbación, a la

unión matrimonial, a la regulación de los nacimientos. Sin estas razones a pie de suelo, la enseñanza aparece como irrelevante. Y de aquí el menor aprecio con que es recibida la doctrina de nuestros obispos.

No es ésta la reacción que causa la enseñanza episcopal cuando aborda temas de carácter político y social; más aún si del texto se desprende alguna crítica a las autoridades o, más ampliamente, a los gestos de la cosa pública. Las informaciones sobre estos extremos suelen encontrar amplio eco. Los comentarios posteriores diferencian sus puntos de vista, pero, por lo general, acostumbran a ser positivos. (Entre paréntesis habría que decir que esta misma reacción se produce cuando el Papa se refiere a estos mismo asuntos; y sería bueno que las autoridades de la Iglesia comprendieran de una vez por todas que la fe en el Evangelio sólo puede ser suscitada, de cara a la gran opinión pública, a partir de su incidencia sobre las realidades temporales de la justicia, la solidaridad, la paz, la atención a los mundos tercero y cuarto...)

Uno concluye de este análisis sociológico que los medios de comunicación social —al menos los escritos— no son espacio adecuado para «sermones» doctrinales o teológicos; no son ámbitos para la catequesis evangelizadora. Los textos pontificio y episcopales sólo pueden ser comprendidos en la integridad de su redacción y desde una postura de fe. Los medios de comunicación social —salvo los estrictamente confesionales— no pueden recoger la totalidad de los documentos y la pequeñísima síntesis que suelen ofrecer resulta casi siempre frustrante tanto para sus autores como para la gran opinión pública.

Es muy diferente la capacidad catequética de la radio y, en parte, de la televisión. Los «debates», si se responde con autenticidad a las cuestiones que plantean los informadores, calan en la opinión pública; pero también aquí se nota que los comentarios pierden vivacidad en la medida en que aumenta la autoridad jerárquica o magisterial de los entrevistados. Se expresan con mayor precisión en punto a ortodoxia, pero con muy poca incidencia en punto a la ortopraxis. Convendrá a este respecto

subrayar el papel que juega hoy la COPE, el principal vehículo para la difusión de los puntos de vista cristianos e, incluso, de la catequesis católica.

El valor de los testimonios

No son los medios confesionales, sino los laicos e incluso los más críticos de la Iglesia y de su jerarquía, los que dedican más espacio a la información religiosa, si por ésta se entiende la presentación de artículos de fondo-debate y de reportajes y entrevistas. *El País*, que no es bien visto por muchos católicos y no siempre sin razón, acoge en sus páginas frecuentemente artículos de pensamiento cristiano o reportajes sobre figuras de la actualidad eclesial que impactan a la opinión pública.

En estos artículos, los argumentos invocados no son, por lo general, de autoridad sino de razón, con lo que responden más puntualmente a la fisonomía cultural del hombre moderno. En los reportajes y entrevistas, la defensa de la dignidad de los hombres y de los pueblos por parte de algunos exponentes cristianos centra la atención. En la mayor parte de los casos, estos reportajes y estas entrevistas se refieren a personalidades cristianas comprometidas con la «teología de la liberación». En ocasiones se refieren a posiciones de disenso con determinadas medidas de la autoridad eclesial y con concretas posiciones morales. Los bienpensantes católicos suelen reaccionar diciendo que sólo se informa de lo conflictivo en la Iglesia; esta afirmación no responde, sin embargo, a la realidad, sino a un tópico. Pero, aunque así fuere, el hecho demostraría que la opinión pública del mundo de hoy no es refractaria a toda información religiosa, sino a una muy precisa clase de información: la que se le ofrece dogmática, institucional, disciplinaria y monocorde, cuando no exaltadora y ditirámica.

Los medios de comunicación social en España gustan de testimonios cristianos de impacto. El asesinato, por ejemplo, de seis jesuitas en El Salvador ocupó amplísimos espacios informativos, con aplauso general; y ha dado pie para traer a las páginas

de la actualidad la crónica de otros misioneros que, día a día, queman sus vidas en los más arriesgados o inhóspitos lugares de la tierra. Personalidades como las de la Madre Teresa de Calcuta, Casaldáliga, Helder Cámara, l'abbé Pierre, o posicionamientos doctrinales como los de Häring y Hans Küng —por citar casos de actualidad— acceden con facilidad y satisfactoria frecuencia a los medios informativos. También suelen hacerse éstos eco de las actividades de «Manos Unidas» «Cáritas» o «DOMUND», así como de otras instituciones de asistencia social o de ayuda al Tercer Mundo. Muchas páginas de los diarios españoles acogen benévolamente reclamos publicitarios en favor de tales instituciones. La inserción gratuita de éstos supone muchos millones cada año...

Quiere esto decir que si los «rollos» doctrinales resultan de difícil digestión en las páginas de los diarios y semanarios, no ocurre lo mismo con los testimonios vívidos y auténticos de creyentes de hoy o de instituciones cristianas con raíz social. Los testigos no tienen que ser forzosamente personalidades de primerísima talla, sobre todo en los medios de comunicación social de las provincias que juegan la baza de la información local o regional... También resultan de general interés las manifestaciones de personalidades del mundo de la cultura, la ciencia, el arte o el deporte que se definen creyentes y más cuando aciertan a decir por qué lo son y para qué les vale el serlo. Cuando el entrevistado se define además como comprometido con la causa de los pobres, este compromiso cuenta por muchas explicaciones doctrinales.

De lo dicho se concluye que la información religiosa tiene relevancia en los medios de comunicación social de la sociedad española —relevancia y amplio espacio—, cuando se refiere a testimonios de vida y cuando se posiciona en compromisos serios con los pobres. Está claro que dichos testimonios y que tales compromisos no pueden facilitar una evangelización acabada y completa, plenamente satisfactoria desde el punto de vista del «depositum fidei»; pero no lo está menos que constituyen el mejor prólogo para la evangelización. El Mensaje se difunde siempre por hechos más que por palabras, como ocu-

rió con Cristo. Hechos de salvación o, si se quiere mayor claridad, dé liberación en todo el amplio significado del término.

La información religiosa, en el actual mundo secularizado y antidogmático, debería estar más alerta que nunca a esta nueva sensibilidad de la opinión pública y orientarse a la difusión de todo cuanto de uno u otro modo incide en la liberación de la pobreza, de la justicia o de la manipulación de los hombres.

Hacia una ligera recuperación

El análisis sociológico de los medios de comunicación en punto a información religiosa revela que en los últimos dos o tres años se está comenzando a prestar alguna mayor atención al hecho religioso. Con la desaparición del franquismo, por un lado, y con los nuevos aires de libertad en las costumbres morales de los españoles, la información religiosa sufrió un determinado oscurecimiento. Con la deposición del franquismo llegó también, y por causas muy lógicas, la deposición de la información religiosa, particularmente en los grandes medios de alcance nacional. (Habrà que recordar que algo muy similar ha ocurrido con la «práctica religiosa», sobre todo entre las nuevas generaciones.) Al presente, sin embargo, la información religiosa —y la «práctica religiosa»— comienza a remontar el vuelo, aunque con las características apuntadas. Las grandes ceremonias litúrgicas y hasta los mismos viajes pontificios por todo el mundo, están dejando de ser actualidad; por el contrario, los testimonios de fe de los cristianos de los países del este europeo, las informaciones sobre la permanencia de la Iglesia en China comunista o en Vietnam, el esplendor del Evangelio en Corea del Sur y, sobre todo, la contribución de los cristianos latinoamericanos a las causas de la justicia, la libertad y la democracia en sus respectivos países, están encontrando más y más eco cada vez. Impresiona ver, por ejemplo, cómo un documental sobre los niños abandonados en las calles de medio mundo, presentado por televisión española, no haya tenido reparo alguno en acudir al testimonio de tres cristianos comprometidos con los pobres para analizar todo este terrorífico pro-

blema de nuestros días. Y, ¿qué decir de la información que, en su día, se facilitó abundantemente sobre la postura del Nuncio Apostólico en Panamá cuando la invasión militar norteamericana? La opinión pública aplaudió la inicial actitud del Nuncio, pero en el mismo grado se sintió decepcionada con la poco gallarda salida del suceso...

No hace falta —piensa uno— acudir a tan notorios acontecimientos informativos. Durante el Congreso sobre evangelización, varios «comunicados» revelaron la existencia de un sinnúmero de iniciativas cristianas en favor de los marginados de la sociedad española. Muchos de los congresistas se quedaron sorprendidos de la creatividad, originalidad y compromiso de algunas de las experiencias que se presentaron en el aula de las reuniones. De todas estas realizaciones, ¿qué es lo que «pasa» a la gran opinión pública española?

Aquí, en estos servicios tantas veces anónimos y casi siempre ignorados, está también —está sobre todo— la vida de la Iglesia y la activa presencia de los creyentes en el mundo. Está —¿cómo dudarlo?— su gran testimonio evangelizador. Que un cura, en las cercanías de Madrid, cree y sostenga entre mil dificultades una «escuela sin libros» para muchachos marginados que aborrecen la enseñanza convencional; que docenas y aun cientos de cristianos —seglares o religiosos/sas— estén entregados a la ayuda a los drogadictos a lo largo de toda la geografía española; que la solicitud por los denominados «nuevos pobres», a comenzar por los enfermos del SIDA, esté comprometiéndose más y más a docenas de religiosas; que en los barrios y en los suburbios de nuestras grandes ciudades se esté dando nacimiento a una Iglesia más popular, pobre, comprometida; que miles y miles de seglares actúen desinteresadamente como catequistas y que muchos de ellos se preparen con cursos de formación teológica y pastoral... todo esto puede y debe ser noticia religiosa de mucho mayor impacto evangelizador que la dispensada hasta hoy sobre la doctrina cristiana, la institución eclesial, el gobierno de la Iglesia universal o de las iglesias locales...

Profesionales cristianos seculares

La información religiosa en España ha contado con notorios profesionales; pero ayer y aún hoy estos profesionales de la información religiosa son, muy acentuadamente, sacerdotes y religiosos.

Nadie puede negar que el ejercicio de profesión periodística o televisiva en punto a información religiosa pueda ser ejercido por un sacerdote y que su actuación haya de ser considerada como propia de su ministerio sacerdotal. Pero ¿y por qué no confiarla a seculares cristianos?

Ha habido y hay seculares cristianos en el área de la información religiosa, pero abundan mucho más los «curas» responsables de las informaciones religiosas. Son sacerdotes —salvo alguna que otra excepción— todos los Delegados Diocesanos de Medios de Comunicación Social. Son sacerdotes todos los que han recibido la confianza de dirigir la revista *Ecclesia*, salvo en un caso contado hace años, aun en los tiempos en que esta publicación era órgano de la Acción Católica. En diarios como el *YA*, *ABC*, *La Vanguardia* ha habido redactores seculares de información religiosa, pero siempre bajo la dirección o supervisión de un sacerdote... La Conferencia Episcopal Española está tratando de crear ahora una agencia de informaciones religiosas, colaboración y documentación. ¿Se hará confianza a los seculares cristianos para dirigirla?

En los ambientes cristianos españoles —y, tal vez, lo mismo ocurra más allá de nuestras fronteras— se ha insistido mucho sobre «los pecados» de los medios de comunicación social. Esta insistencia denigratoria ha impedido que se despertaran vocaciones seculares para trabajar en este campo. Y hoy nos lamentamos de la falta de profesionales cristianos.

Sobre el informador religioso sacerdote pesa mucho la autoridad de la jerarquía. Disminuye con ello su libertad. El secular profesional cristiano propendería a una mayor independencia, siempre que no padeciera el complejo de «monaguillo». Y esta

independencia, dentro de la comunión eclesial, parece del todo conveniente y aun necesaria en el mundo pluralista de hoy. Menos dado, además, a planteamientos doctrinales, su información se centraría más en la vida diaria de las comunidades cristianas y en los creyentes de a pie.

Es todo un reto para el inmediato futuro. Si se pretende una mayor incidencia evangelizadora en los medios de comunicación social, habrá que aceptar este desafío.